

de nuestros jefes y oficiales resonaban en medio del confuso rumor de la refriega.

Los batallones que guiaba el general Rios avanzaron de frente, formados en columnas paralelas, y atravesando los pantanos, repelieron á la infantería marroquí, acosándola y persiguiéndola hasta llegar á las huertas de Tetuan. A cada paso aparecian, sin embargo, nuevas fuerzas enemigas, que despues de hacer frente á nuestras tropas, corrían á engrosar el torrente de sus fugitivos compañeros. Pero repentinamente viéronse salir de entre los próximos setos y matorrales numerosas huestes de caballería mora lujosamente ataviada: casi todos los ginetes eran mulatos; algunos habia negros; iban armados de pistolas, gumias y espingardas, y montaban caballos muy pequeños, pero sumamente ágiles, que corrían como liebres.

En un momento se juntaron más de mil de estos ginetes, animándose unos á otros con feroces aullidos, blandiendo las armas y preparándose á caer sobre nuestra infantería. El general Rios mandó hacer alto á sus batallones, y formando con ellos cuadros oblicuos, aguardó el momento oportuno para dar la voz de fuego. Las descargas cerradas hicieron retroceder á la caballería marroquí: entonces, no contento el General con haberla rechazado, se empeñó en perseguirla; pero pronto hubo de hacer alto, obedeciendo á una orden del General en jefe.

Entre tanto algunas fuerzas moras de infantería se habian deslizado á lo largo del rio, y amenazaban cortar la retirada á nuestra reserva. El general Rubin de Celis envió contra ellas un escuadron de lanceros de Villaviciosa, que avanzando diagonalmente, debia obligar á los enemigos á replegarse hácia su centro.

Alcanzólos en efecto el valeroso escuadron, y llevóles por delante acuchillándolos; pero de pronto húndense los caballos en un lodazal blando y profundo, y quedan atascados sin poder avanzar ni retroceder. Más de la mitad del escuadron se hallaba en esta situacion comprometida: la otra mitad que seguia no pudo hacer más que pararse, mientras el enemigo, acumulándose al otro lado de aquel foso de cieno, fusilaba impunemente á los indefensos lanceros. Perdidos estaban estos irremisiblemente, y ya muchos habian pagado con la vida su heróico arrojo, cuando nuestra infantería, que habia visto de léjos el terrible apuro en que se hallaban sus hermanos, acudió á socorrerlos.

El provincial de Málaga se lanzó á la carrera, llegó al pantano, y atravesándolo con el fango á la cintura, pasó á la opuesta orilla. Los fusiles se habian inutilizado; pero quedaba la bayoneta, y con ella cargaron denodados los valientes provin-

ciales, hiriendo y matando á sus enemigos, y acosándolos hasta que oyeron el toque de alto y retirada.

La numerosa caballería marroquí se habia reconcentrado en tanto al frente de nuestra línea, mientras que su desparramada y cuantiosa infantería hacia por mil partes un fuego horroroso. El general O'Donnell dió orden para que toda nuestra caballería arremetiese contra aquella muchedumbre de enemigos, y puesto á su cabeza el general Galiano, en breve pasaron las lagunas nuestros caballos. Los escuadrones de coraceros Príncipe y Reina, guiados por el brigadier Villate, cargaron á fondo en primera línea, penetrando como un huracan en el grueso del ejército marroquí. Los demás avanzaron tambien por los flancos con no menos arrojo y bizarría, y los moros fueron arrollados y perseguidos hasta el pié mismo de Sierra Bermeja. Refugiados allí los fugitivos en una hondonada, los coraceros penetraron en pos de ellos, decididos á exterminarlos. Terrible estrago hicieron en la apiñada morisma; pero de pronto los gritos de terror y de agonía de los vencidos trocáronse en salvaje vocería de júbilo. Más de dos mil caballos de la guardia negra, que estaban escondidos detrás de una de las colinas laterales, acababan de dar la vuelta, y aparecieron á retaguardia de los coraceros, envolviéndolos completamente, cortándoles la retirada y encerrándoles en la misma estrechura donde ellos tenian acorralados á sus contrarios. Al mismo tiempo coronaban la otra colina multitud de moros de ambas armas, haciendo un fuego terrible. Por todos lados acudian millares de enemigos; mas no por esto se abaten nuestros ginetes; prepáranse á la retirada, y esparciendo la muerte en torno suyo, atropellan, acuchillan, derriban, y cruzando por entre bosques de aceros, salen al fin de la hondonada y se replegan á nuestra línea, no sin dispersar antes á las revueltas turbas africanas con tres cargas sucesivas.

Las demás fuerzas de caballería, que simultáneamente habian arrollado al enemigo por la derecha y por la izquierda, bajo las órdenes respectivas del general Galiano y del brigadier Conde de la Cimera, se replegaron hácia el centro, apoyando la retirada de los coraceros, á tiempo que la artillería montada cruzaba á todo escape la llanura, atravesando zanjas, lagunas y malezas.

Al verse libres de nuestros escuadrones, rehiciéronse los moros, y acometieron por tercera vez sobre el frente de los españoles, ocupado ya por algunos batallones del tercer cuerpo, que formando cuadros, mantuvieron á respetuosa distancia la muchedumbre de ginetes árabes.

Eran ya las tres de la tarde, y despues de cinco horas de incesante fuego, perma-

neicia indecisa la lucha, extendiéndose el tiroteo y los combates parciales en una línea de cerca de una legua. La artillería marroquí disparaba sin producir efecto alguno, desde las baterías establecidas al pié de la torre de Jelelí. La nuestra, en cambio, lanzaba granadas y metralla en medio de sus huestes, que se desbandaban y rehacian continuamente.

El general O'Donnell quiso poner término á la lucha, y al efecto; partió con su Estado Mayor á recorrer toda la línea, para formar juicio exacto de la situacion de cada fuerza, antes de mandar el ataque general. Las balas enemigas alcanzaron á varios de los que le acompañaban, y entre ellos, al brigadier Dolz, jefe de la Artillería, que cayó mortalmente herido. Esta desgracia irritó al Conde de Lucena, que inmediatamente dió órdenes á sus ayudantes para todos los generales, señalando con la espada las últimas alturas ocupadas por los marroquíes.

Poco despues sonaba el toque de ataque, y nuestras columnas avanzaban por el llano, corriendo en masa, y llevándose por delante los millares de beduinos á pié y á caballo que lo cubrian, hasta arrojarlos al otro lado de las colinas en que se apoyaban: las alturas inmediatas al campamento moro fueron dominadas en breve por nuestra valiente infantería. Los fugitivos marroquíes, cogidos entre dos fuegos, tuvieron que retroceder, y al presentarse en descubierto sus numerosas huestes, eran diezmadas por la metralla, y puestas en horrible confusion por los cohetes que disparaba nuestra artillería. Las bombas caian zumbando al mismo tiempo sobre su campo, sobre las huertas de Tetuan, sobre las quintas y aduares.

La bandera española ondeaba ya en las cumbres de Sierra Bermeja. Desde aquellas lomas abarcaba el General en Jefe de una ojeada toda la llanura ocupada por nuestro ejército, mientras á su lado resonaban las aclamaciones y las músicas celebrando la victoria.

En aquellos momentos llamó la atencion general una fuerza que asomaba por las alturas opuestas á los cerros conquistados. Eran los regimientos de infantería de la Princesa y de Toledo, un batallon de Leon y el de cazadores de Alba de Tormes, que componian la segunda division del segundo cuerpo. A su cabeza iba el Conde de Reus, cuya inesperada aparicion fué saludada con frenéticos vivas.

El general PRIM habia recibido la orden de avanzar cuando lo creyese conveniente, y por donde mejor le pareciera. En consecuencia, dispuso los batallones que debian acompañarle, y, sin artillería ni más caballería que la de su escolta, emprendió un osado movimiento por la derecha, con el propósito de envolver el ala

izquierda del ejército marroquí. Atravesando la solitaria planicie y salvando los pantanos, pasó el río de la Judería, y se encontró de pronto frente á frente de unos cinco mil ginetes moros, que se replegaban hácia la falda de una colina, huyendo de las tropas del tercer cuerpo y de los tiros de la artillería. No se detuvo el bravo General ante la superioridad numérica, ni ante la clase de sus enemigos: inmediatamente mandó formar cuadros oblicuos á los batallones, y les arengó en estos términos:

“Soldados: Una ocasion se os presenta de alcanzar imperecedera gloria. Sin más auxilio que el de vuestras bayonetas, vais á combatir contra la caballería enemiga, y á vencerla. ¡ Adelante! ¡ Viva España! „

No se atrevieron los moros á esperar la acometida de nuestros soldados, que lanzándose briosos, les obligaron á internarse en la espesura de un bosque. La escolta del General les cargó entónces, trabándose entre esta y los marroquíes una breve y sangrienta refriega, en la que los últimos fueron acuchillados, cogiéndoseles dos prisioneros y dos caballos, uno de ellos magnífico, perteneciente á un jefe de alta graduacion, que perdió allí la vida.

Esta marcha del Conde de Reus por la llanura, sin caballería ni cañones, fué tan osada como aplaudida... A no haberle detenido la mala condicion del terreno, su llegada al teatro de la accion, por la retaguardia del enemigo, habria colocado á este en una situacion desesperada.

III.

Españoles y marroquíes descansaron el día 1.º de Febrero de las fatigas de aquel rudo combate, con que terminó el mes que habia comenzado con tanta gloria para nuestras armas en las alturas de los Castillejos. Las tropas españolas recibieron municiones y la órden para disponerse á marchar.

En la mañana del siguiente día, dedicado por la Iglesia Católica á la Purificacion de Nuestra Señora, levantóse un sencillo altar en la plataforma del torreón de la Aduana, y en él se celebró la misa, que fué oída con gran recogimiento y profunda emocion por todo el ejército, el cual presentaba un cuadro magnífico durante aquel acto religioso. En una parte (dice un testigo ocular) se veian oscuras masas de ba-

tallones, formados entre los claros de sus tiendas. En otra, columnas apretadas de caballería, cuyas espadas centelleaban el Sol, ó cuyas lanzas entregaban al manso viento sus vistosos banderines. Aquí un grupo aislado de ginetes; allá cuatro ó seis guardias civiles alineados en otra direccion; ora un soldado solo, que habia interrumpido su marcha; ora los ingenieros apoyados en sus herramientas; en un lado el cuartel general de este ó de aquel cuerpo de ejército, parado en pintoresco peloton, con los generales y brigadieres á la cabeza; en otro los acemileros y las gentes de mar, descubierta la frente, pero colocados tambien en regulares filas; ya una escolta, ya un regimiento, ya una masa de artillería, ya un centinela solitario..... y todos silenciosos, todos inmóviles, ordenadamente colocados, pero sin igualdad ni simetría, diseminados por cuerpos ó por armas, y siempre atentos á un mismo punto, mirando todos al torreón del arábigo edificio.

Un corneta de cazadores, colocado junto al altar, iba indicando á las numerosas huestes tendidas por la llanura la marcha de la sagrada ceremonia. Fué un momento sublime aquel en que elevando el sacerdote la hostia consagrada, resonaron á un tiempo todos los clarines y las bandas de música, y doblaron la rodilla veinticinco mil soldados, presentando sus armas al Dios de las misericordias.

Terminada la misa, el General en jefe emprendió silenciosamente el camino de Tetuan, seguido de su numeroso E. M. y de todos los caudillos del ejército. Tratábase de reconocer por última vez aquellos campos, en que dos días despues debia darse una batalla decisiva, y de indicar á cada general los pasos por donde podrian conducir sus tropas, esquivando en lo posible los parajes pantanosos. Habiendo regresado de este reconocimiento, el General en jefe subió con los demás á la plataforma de la Aduana, desde donde les reveló su plan de batalla para apoderarse del campamento enemigo. Miéntras el Conde de Lucena designaba con el baston varios parajes de la llanura, el general García mostraba el plano del terreno, y los generales Ros de Olano y PRIM, designados como agentes principales de la accion, se ponian de acuerdo sobre los puntos que debian acometer con sus respectivas fuerzas.

Terminada la conferencia, y luego que el general PRIM se hubo retirado á su tienda, mandó comunicar las órdenes necesarias para que aquella misma tarde formara su cuerpo de ejército en las llanuras de la playa. Hízose así en efecto á la hora señalada, y despues de haber maniobrado todas las armas durante largo rato, en presencia del General en jefe y á su completa satisfaccion, el Conde de Reus

mandó formar en masa las tropas, y señalándoles con la mano el campamento enemigo, les dirigió la voz, pronunciando estas fervientes palabras:

“Soldados: Allí teneis el término de vuestras glorias: allí os esperan los nuevos é imperecederos laureles que debeis conquistar. Ese enemigo, á quien habeis vencido en cien combates, os aguarda por primera vez en sus trincheras, con sus cañones, con sus multiplicadas líneas de defensa. Pasado mañana iremos á su encuentro y le presentaremos la batalla. Aunque sus fuerzas concentradas son superiores á las vuestras, y el terreno les favorece con ventajás, yo tengo la seguridad de que le vencereis. Pero vuestro General no se contenta con esto: yo quiero que aquellos cañones sean para los soldados que yo mando.....

—Si, si, los tomaremos, gritaron los soldados poseidos de entusiasmo.

“Así lo espero, continuó el General: yo confio en que vosotros los tomareis; porque si así no fuera, vuestros generales irian solos y con el pecho descubierto á tomarlos, y estoy seguro de que no consentireis que vuestros generales mueran abandonados á la boca del cañon.

“Soldados: hasta pasado mañana, en que nos encontraremos juntos al frente del enemigo. ¡ Viva la Reina!.,

Las tropas repitieron este viva, y desfilaron por delante de su jefe, vitoreándole y repitiendo sus últimas palabras: “Hasta pasado mañana.,”

El general PRIM se retiró tambien á su tienda, muy ajeno de que en breve tendria que cumplir lo que acaba de prometer en el ardor de su improvisacion, como tambien lo estaba de que al dia siguiente habia de tener una agradable sorpresa. En efecto, en 3 de Febrero, á medio dia, cuando el Conde de Reus acababa de almorzar, se le presentó un ayudante del General en jefe, comunicándole la llegada de un vapor que conducia los *Voluntarios de Cataluña*, y advirtiéndole que esta fuerza quedaba desde luego á su disposicion.

Aquel cuerpo de voluntarios habíase formado en Barcelona, á solicitud de algunos catalanes entusiastas, que lo pidieron al Gobierno, quien decretó su creacion y organizacion en 24 de Diciembre de 1859: constaba de cuatro compañías, compuestas cada una de un capitan y tres subalternos, un sargento primero, tres segundos, diez cabos, dos cornetas y cien voluntarios. El mando superior de esta fuerza debia conferirlo el General en jefe del ejercito de Africa á la persona que considerase más apta para desempeñarlo.

El Capitan general de Cataluña, que lo era á la sazón D. Domingo Dulce, habia

puesto el mayor empeño en activar la formación de aquellas compañías, siendo en esto secundado por los barceloneses que lo deseaban; y como no bastasen los doscientos reales por plaza que había señalado el Gobierno para proveer al vestuario y equipo de los Voluntarios, acordó la Diputación provincial de Barcelona costearlos por cuenta de la Provincia, procurando que dicho vestuario y equipo fuesen á la usanza catalana.

En menos de un mes se cubrieron todas las plazas, así de soldados, como de cabos, sargentos y oficiales, quedando el cuerpo uniformado y equipado, y en disposición de embarcarse; lo cual se efectuó el 26 de Enero de 1860, con la asistencia de las corporaciones populares, del Obispo de la diócesis, delegados de las autoridades civil y militar, y de un gentío inmenso, que daba muestras del más ardiente y patriótico entusiasmo.

“Entre once y doce del día, las inmediaciones de la Ciudadela (de Barcelona), plaza de Palacio, muralla de mar, paseo de la Barceloneta y andén del Puerto ofrecían un golpe de vista admirable. La muchedumbre acudía, ávida de ver á los voluntarios en su carrera, y de presenciar su embarque. Todas las clases de la sociedad tenían entre ellos algún conocido, algún amigo, algún allegado ó pariente. Jóvenes de conocidas familias de la capital, entusiasmados por el espíritu de patriotismo, habían sentado plaza de simples individuos; la oficialidad era generalmente conocida de toda la juventud barcelonesa, habiendo entre ellos alguno que abandonaba en aras de la patria sus amores, y algún otro que trocaba por la espada la borla del doctorado ¹.”

El Obispo de Barcelona, y sucesivamente las demás autoridades, dirigieron á los voluntarios sentidas y patrióticas alocuciones, y su comandante interino, D. Victoriano Sugrañes, en el momento de romper la marcha, dió un estusiasta grito de ¡*Viva la patria!* que fué unánime y ardientemente contestado ².

Después de haber ido á Tarifa, donde tomaron el armamento, los *Voluntarios de Cataluña* pasaron al Africa, llegando, como hemos dicho, el día 3 de Febrero á las playas de Tetuan.

Cuando el general PRIM recibió la noticia del arribo de sus paisanos, precisa-

¹ BALAGUER. *Jornadas de gloria*.

² «Fué un espectáculo importante el del embarque, dice el autor antes citado. Toda Barcelona, agrupada en el espacio que media desde la Ciudadela al Puerto, los vió pasar con su característico traje del país, con su clásico y tradicional gorro catalán, haciendo notable contraste con ellos el traje moruno de los oficiales y el pintoresco de las cantineras. Entre ellas había por cierto una muy linda y muy jóven. Según allí se decía, su novio se había hecho voluntario, y ella se hizo cantinera.»

mente en vísperas de una gran batalla, su fisonomía se animó de una manera extraordinaria. Dió las gracias al ayudante que le habia traído la, para él, feliz nueva, por la atención que le dispensaba el General en jefe; y mandando preparar el caballo árabe, cogido á un jefe moro el día 31 de Enero, lo montó en el acto, y seguido de dos ayudantes, se dirigió á la ribera de la ría, entre Fuerte Martín y la Aduana, donde debían desembarcar los Voluntarios, por hallarse la mar algo alborotada.

Todo el mundo se apresuró á seguir los pasos del Conde de Reus, despertándose la más viva curiosidad, lo mismo en las tropas, que en los jefes, generales y empleados de las diversas clases que allí se encontraban.

“Y ¿cómo no habia de ser así? (dijo en su *Diario* el Sr. Perez Calvo, que se hallaba en el campamento y al lado del general PRIM).—¿Qué cosa más natural, que las simpatías inmensas que tiene el general PRIM en todo el ejército, se trasladen por completo allí donde está su deseo, su esperanza y su satisfacción? El que tanto partido ha sabido sacar de soldados á quienes no conocia, ni le conocian á él, ¿qué no hará con la gente cuyas costumbres conoce, cuyo lenguaje habla, y de quien tiene en su poder el movimiento, la voluntad y la fuerza? Por eso ansian todos ver de qué manera los recibe, cómo les dirige la palabra, qué se promete de su venida y el destino que les prepara: por eso acuden todos á saludarlos, á entusiasmarlos, y á conocer su porte y la impresión que les causan, desde que pongan el pié en el campo que se abre á su valor reconocido de antemano y al patriotismo que allí les lleva voluntariamente..... Estando como estaba alborotada la mar, venían repartidos en grandes lanchones..... Nadie diría que allí vienen soldados; más bien parecen un jardín flotante, y á quien los vientos y la fuerza de las aguas empujan hácia la orilla: ya se acercan, ya se percibe la inquietud y movimiento de los que allí vienen, y hasta se siente el deseo que á todos les anima de saltar en tierra: entran en la ría; los canastillos de flores se han trocado en góndolas venecianas; el escabroso mar se cambia en manso río, y la vista que impaciente les buscaba, cuando se perdían al ríco impulso de las olas, se fija en ellos, los sigue y los alcanza: ya no es el ruido de los elementos embravecidos quien los acompaña; son las entusiastas aclamaciones de miles de valientes, que los aguardan con los brazos abiertos, y que locos de alegría, y movidos por los himnos guerreros que las músicas entonan, corren tras las orgullosas naves, que surcan la ría veloces y serenas, hasta depositar en tierra el don precioso que envía á su patria Cataluña.

“El General en jefe y el Conde de Reus los aguardan; la multitud ansiosa los contempla: ya estan desembarcando; su bizarro porte, su gallardo continente, la novedad y hermosura de su traje embarga á cuantos les miran. Visten chaqueta y pantalon de pana azul, desabrochada la primera, con vivos encarnados y boton dorado liso; largo el segundo, y sujeto por bajo la rodilla con polainas de cuero rojo; chaleco rayado de encarnado y negro; faja morada á estilo del país; gorro de lana de los llamados marineros, encarnado la tropa y morado los cornetas; pañuelo tirado al cuello y preso con sortija de plata; cubierto el pié con media y alpargata; morral á la espalda, un tanto embarazoso por falta de sujecion; canana á la cintura, y al brazo la carabina: distínguense los oficiales por un túnico de paño gris, pantalon de paño, sujeto por bajo de la rodilla hasta donde alcanza, bota ceñida de gamuza anteaada, zapato ruso, gorro de paño de igual color y hechura que el de los soldados, y jaique con capuchon gris, recogido y colgado en forma de banda.”

El corresponsal de *La Iberia*, señor Nuñez de Arce, decia tambien hablando de la llegada de los Voluntarios catalanes al África:

“Erale difícil al general PRIM disimular el gozo que sentia por la llegada de sus paisanos, que tan oportunamente desembarcaban para tomar parte en un gran acontecimiento. Ni un instante se separaron sus ojos de las lanchas donde los catalanes venian á tierra, ofreciendo un gran golpe de vista á la apiñada muchedumbre, que esparcida en la playa ó amontonada en los faluchos surtos en el rio, miraba con ávida ansiedad la aproximacion de los nuevos soldados de la pátria, tan graciosamente ataviados y dispuestos. El Conde de Reus habia tenido la feliz idea de hacer venir una música para recibirlos, y mientras duró el desembarco, no cesó de poblar el espacio de guerreras armonías.”

Con el mismo calor se expresaban otros escritores que se hallaron presentes, demostrando cuan agradable á todos fué la impresion causada por el arribo de los Voluntarios catalanes. El General en jefe salió tambien á recibirlos, y despues de verlos formados, se retiró á su tienda. Entónces el Conde de Reus se adelantó hácia el centro de las compañías, é imponiendo silencio con un ademan, arengó á los recién llegados en su propio idioma, diciéndoles con esforzada entonacion y varonil acento ¹:

¹ Hé aquí esta arenga, en la misma lengua en que fué pronunciada, y tal como el general PRIM la remitió á su amigo D. Victor Balaguer:

“Catalans: Ben vinguts al valent exércit de África, que ‘us reb y acull com camaradas. Estich persuadit de que sabreu ser

“Catalanes: Seais bien venidos al valiente ejército de África, que os recibe y acoge como camaradas. Persuadido estoy de que sabreis ser dignos de estos heroicos soldados: dudarle un solo instante seria desconoceros. Todos sentís la necesidad de mantener ilesa la honra de la tierra en que habeis nacido; y si uno solo de vosotros, en el dia del combate, que será mañana, (y yo os felicito por la providencial oportunidad con que habeis llegado); si uno solo de vosotros se portase cobardemente volviendo la espalda al enemigo, la honra de Cataluña quedaria mancillada. Seguro estoy de que no quedará.

“Imitad el ejemplo de vuestros gloriosos antepasados, cuyos heroicos hechos registra con admiracion la Historia: sus hazañas resonaron, no sólo en esta tierra, sino en otras más lejanas todavía, y hasta atravesar las Termópilas, que parecen destinadas á ser teatro de grandes acciones. Haced como hicieron ellos, y sereis dignos de este valiente ejército, que os recibe como amigos, y conquistareis un

dignes de aquestos heróichs soldats: seria desconeixervos lo duptarho un sol moment. Tots vosaltres sentiú la necessitat de mantenir il-lesa la honra de la terra en que hebeu nascut; y si un sol de vosaltres, en lo dia del combat, que será demá,—y jo 'us felicito per la providencial oportunitat ab que hebeu arribat—; si un sol de vosaltres se portás ab cobardia, girant la espalla al enemich, la honra de Catalunya ne quedaria danyada. Estich segú de que no ho quedará.

»Imitau lo exemple de vostres gloriosos antepassats, dels qui ab admiració consigna la Historia los heróichs fets: no sols en eixa terra, sino en altres més apartadas encara, ressonaren sas assanyas, fins á atravesar las Termópilas, que semblan posadas per ser lo teatro de grans accion. Feu com ho feren ells, y sereu dignes de aquest valent exércit, que vos reb com amichs, y conquistareu un nou llorer per la corona que teixiren en altre temps las invencibles armas catalanas.

»Ja veyeu la satisfacció ab que lo exércit vos acull. La música de un de sos mes braus regiments ha sortit á saludarvos, y lo mateix General en jefe, que 'm dispensa la honra de que vos agregui als valents que tantas voltas he conduit al combat, se ha presentat á rébrervos en quant hebeu desembarcat en las platjas africanas. ¡Gloria sia dada á aquest general, que ha volgut y sabut aixecar á nostra Espanya de la postració en que 's trobava, pera demostrar á tota Europa que no era morta encara, y que sos fills, dignes hereus de sa gloria antigua, son capassos de fer per la patria tot quant humanament poden fer los homes!

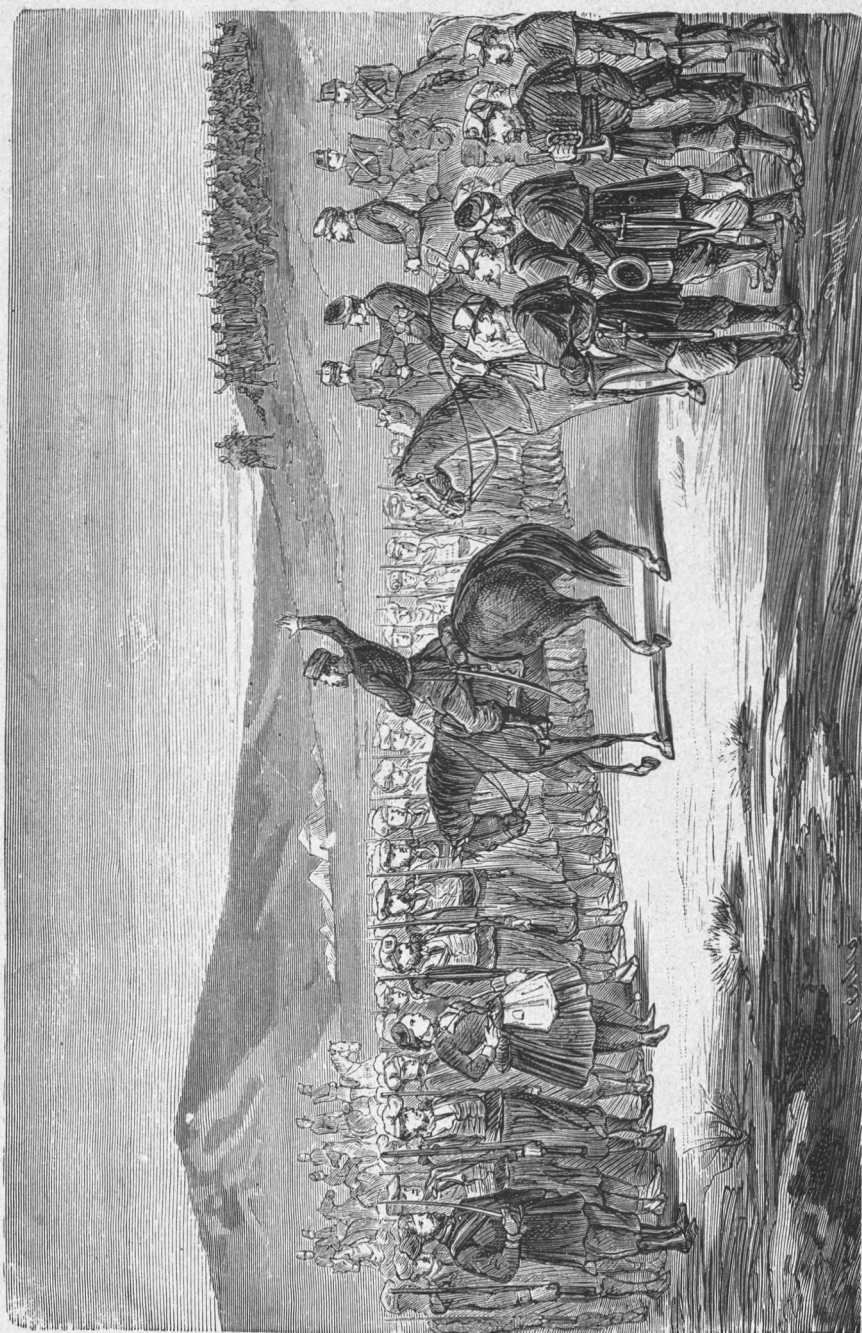
»Pera formar part de aquest exércit, no hasta sols ser valent; es precis ser sofer. Debeu aceptar ab resignació las fatigas, los perills de tots géneros, fins las més cruels enfermetats. Sempre valents, pero subordinats sempre, si los vostres jefes vos manan treballar, á treballar; si vos ordenan atravesar estanys y pantanos, atravesáulos; si es precis anar á Tetuan per lo riu, ¡al aigua! y fins á Tetuan nadant.

»Aixís ho han fet y ho fan los que son ja vostres germans, y aixís ho fareu vosaltres; perque assó es lo que correspond als fills del brau poble catalá.

»Soldats: Catalunya que vos ha despedit ab gran entusiasme, las mares, los germans, los amichs, tots vos contemplan ab orgull. No doneu ja may al olvit que sóu los depositaris de sa honra.

»No defraudeu sas esperansas, que son las mevas; pero si per desgracia, lo que no crech, aixís fos, ni un sol de vosaltres tornaria á trepitjar la terra patria; aquí moririau tots ans que deshorrar en lo més mínim lo nom que portau. Seguint lo camí de gloria de vostres antepassats, y fentvos dignes d' aquest exércit de braus, al regressar á vostres llochs, los catalans vos reberán ab aplauso, y per hont vulla que vegin un de vosaltres dirán per totas parts: «¡Veus aquí un valent!».

»Soldats: ¡Viva la Reina!».



Prim arengando á los voluntarios catalanes, á su llegada al África.

